

mujer; su amigo añadía en ella que al día siguiente saldría con dirección á Madrid con el objeto de llevarle á su hija, que había quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que había sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le había dado por compañera.

Sólo le había obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfacción de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos... ¡Estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! ¡Por ellas se renuncia muchas veces hasta la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa; en medio de sus punzadores remordimientos confundía en un odio exagerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo. Clotilde se consumía en la ardua lucha, y á poco más que hubiera durado Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuen-

ta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

XXVI

La niña sin padres.

Dos días después del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el *nido de palomas* presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Reunidas en la buhardilla del señor Martín y de la señora Antonia se hallaban las tres hermanas, su compañera Malvina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia, que hacía calceta con suma agilidad, sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Malvina hacía dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas—dijo la ramilletera, clavando de

repente la aguja en su labor—ya es hora de tomar la leche y de recogerse; para convalecientes es velar ya demasiado.

—Yo no tengo todavía gana de beber leche—repuso Ofelia;—la beberé cuando cene María, y así la acompañaré.

—La señorita María tiene ya preparada su pollita asada y su dulce; con que pondré la mesa y á cenar todos.

—Rosa, la leche caliente me pone la cabeza pesada—dijo Blanca.

—Vamos—repuso la novia de Antonio el Curro—me lo pensaba. Ya anoche no le hizo usted muy buena cara y por eso le he preparado hoy leche de almendras.

—¡Cuánto nos mimas, Rosa!—dijo María;—pero mira que gastarás mucho dinero, y el que tenemos ha de durar todo lo posible.

—¡Bah! ¡Siempre sale usted con lo *mesmo*! Durará lo que pueda; en acabándose *agur*.

—¡Pero si no tenemos más!

—¿Que no? ¿No gana Curro diez y ocho *riales*? ¿Y yo no saco un par de pesetillas diarias? Y á más ahora que gano por otro lado.

Las tres hermanas, por un movimiento espontáneo, se asieron á Rosa. Ofelia y María tomaron sus manos, Blanca la rodeó el cuello con sus brazos y todas le dieron gracias con el elocuente lenguaje de sus ojos.

—Yo probaré á bordar mañana—dijo Ofelia;—ya estoy fuerte.

—Y yo también—añadió Blanca.

—¡Ea! ¡No hay que mentarme tan siquiera el trabajo por ahora!—gritó Rosa, enjugando con el revés de su delantal una lágrima que habían arrancado de sus ojos las caricias de las huérfanas. ¡Caramba! ¡Que no han de poder parar nunca!

—Pero, Rosa, ayer nos trajo la condesa la batista para el peinador, ¡y el dinero que gastamos es el que ella nos adelantó!

—Lo que es por eso no hay que pasar pena, señoritas; ese dinero no se ha tocado ni se tocará.

—¿Pues de qué comemos?

—¡Toma! ¿No gana Curro diez y ocho *riales* serrando madera y yo ocho vendiendo flores? Además, ¿no acabo de decir, señoritas, que ahora gano por otro lado?

—Pero, Rosa...

—¡Vaya, vaya!—exclamó la hermosa muchacha, para evitar la explosión de la gratitud de las tres jóvenes.—Voy á poner la mesa, y mientras se cena contaré á ustedes mi nuevo negocio.

Rosa acercó una mesita, la cubrió con la ayuda de Malvina y trajo una polla asada y un poco de dulce para María y dos vasos de leche caliente y azucarada para Ofelia y Blanca.

—Esta es de almendras—dijo sirviéndosela á a última.—Esta tiene una yema batida—añadió presentando su vaso á Ofelia.

—¿Y tú, Rosa? ¿Y Malvina y la señora Antonia, qué van á cenar?—preguntó Blanca.

—Yo—contestó la anciana—ya hace dos horas que despaché con Martín una buena ración de patatas con tocino; dentro de un ratito me bajaré á dormir.

—Patatas tengo yo también, que es lo que más me gusta—dijo Rosa.

—¿Con tocino?—preguntó la señora Antonia.

—No, solas; me gustan más.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¿Es posible que te empeñes en hacer tales sacrificios por nosotras?—exclamó Ofelia con dolorosa conmoción.

—¿Qué sacrificios; el comer patatas?... Señoritas, ese es mi manjar favorito; ea, la señorita María dará de su cena á Malvina, que es un alfeñique, y yo me voy á cenar á la cocina.

La generosa muchacha entró, en efecto, en la reducida cocina que antes hemos visto tan arreglada por las limpias manos de la señora Antonia, y que nada había perdido ahora de su brillante aseo en las de Malvina y Rosa.

Las jóvenes se pusieron á tomar cada una el alimento que les había sido destinado; mas no bien le habían llevado á la boca le dejaron temblando.

Llamaban á la puerta con fuertes y redobladados golpes.

—¡Dios mío!—exclamó Ofelia juntando sus blancas manos.—¿Quién será?

—¡Yo tiemblo!—murmuró Blanca estremeciéndose con el temor de nuevas persecuciones.

—¡Eh! No hay que asustarse—dijo Rosa saliendo de la cocina.—¡Caramba! Ahora estoy yo aquí y no es fácil que se meta en casa gente de mala intención.

Y volviéndose á la señora Antonia, añadió:

—El señor Martín estará durmiendo á pierna suelta ¿verdad?

—Sí, hija; ya sabes que hace poco se acostó abajo en la habitación de las señoritas, y él acostumbra á coger el sueño muy pronto.

—No hay que apurarse, repito.

Y Rosa, abriendo la ventanilla que daba al tejado, gritó con un timbre fuerte y agudo:

—¿Quién es?

—Abre, Rosa—contestó una voz robusta y varonil.

—¡Tomal! ¡Si es Curro!—exclamó la muchacha separándose de la ventana; y luego, á pesar de su carácter animoso, palidieron un tanto las rosas de sus mejillas, y murmuró:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá sucedido?

—Baja á ver lo que quiere Curro, hija—dijo la señora Antonia; ya sabes que él no es amigo

de incomodar, y cuando viene á esta hora....

—Anda, Rosa—exclamó María á la suplicante mirada que le dirigió la ramilletera.

Ésta no aguardó á que se lo repitieran; encendió un cabo de vela, tomó la llave de la puerta y bajó corriendo la escalera.

Las jóvenes, algo tranquilizadas, continuaron cenando á instancias de la señora Antonia.

Oyéronse á poco pasos cercanos; abrióse la puerta de la buhardilla y apareció Rosa con una niña pequeñita en los brazos, seguida de un gallardo mozo en traje de menestral, que llevaba la luz que aquélla había dejado.

—*Salú*, señoritas—dijo el recién llegado quitándose su gorra con respeto.

—Es Curro, mi novio—añadió Rosa cogiendo por la mano á su prometido y presentándole llena de orgullo; yo cuido de esta criaturita, que acaba de quedarse sin madre, y como vengo aquí por las noches y me tengo que dejar á la *probecita* sola en mi buhardilla, le tengo dicho que vaya él á ver si llora; hoy fué algo más tarde de lo que acostumbra y dice que daba tales gemidos que me la trajo, no sabiendo qué hacer para acallarla.

—¡Angelito!—exclamó María tomándola en sus brazos.—¡Está helada!

La niña, que ya había callado, fijó sus ojos pardos y hermosos en el vaso de leche que tenía

Ofelia en la mano, y tendió hacia él los bracitos, gorjeando alegremente.

La joven la tomó á su vez, y acercó la leche á los labios de la niña, que bebió con avidez.

Luego se echó á reír y batió sus manecitas balbuceando gozosa.

Podía tener algo más de un año; estaba envuelta en ricas mantillas, y su carita risueña estaba flaca y descolorida, haciendo resaltar su palidez sus grandes ojos oscuros y los sedosos cabellos que se escapaban del borde de su gorrito de encaje, con esa gracia infinita que sólo pertenece á la infancia.

—¡Tenía hambre!—murmuró dolorosamente María.

—Nada tendrá de extraño, señorita; le dí sopas al venir aquí, que fué al anocheecer, y son más de las doce; pero ¡qué caramba! yo no puedo hacer más por esta pobre niña; hasta hoy nada me han dado por su cuidado, porque su padre está enfermo de muerte y ni siquiera sabe de su hija; sin embargo, este es el nuevo medio de ganar dinero de que yo hablaba hace poco, porque estoy segura de que, ya se muera ó no su padre, cuando salga de ese estado no dejarán de darme una buena gratificación.

—¿Y cómo has conocido tú á su padre?—preguntó la señora Antonia, que, á fuer de mujer de experiencia, era maliciosa.

—Nada hay en ello de extraño, *seña Antonia*—exclamó Curro—y el que lo dude que se entienda conmigo ¿estamos? Esta chica tiene alquilada, con su *trabajo*, se entiende, una buhardilla en una de las mejores fondas de Madrid; por las mañanitas baja con sus canastos de flores y le compran para adornar las mesas del comedor; por las noches, los huéspedes de la fonda le compran también para regalar á las señoras en el teatro, y por eso le conviene vivir en la fonda: todos la conocen y la estiman por honrada, pues no hay reputación más limpia que la suya, no agraviando lo presente.

—¡Vaya!... ¿Y *pa qué* había de ser mala? No gano yo ocho y hasta doce *riales* cada día con la venta de mis flores? Y á más de eso, ¿no me entregas tú enterito tu jornal? Casi todas las que son malas lo son por no tener qué comer y á mí me sobra...

—Vamos á ver si me dejas acabar de contar cómo has conocido al padre de la niña, que no quiero que las señoritas sospechen, ni esta buena mujer tampoco: pues, como iba diciendo, en la fonda donde vive Rosa vive también hace cerca de tres meses un caballero muy rico llamado D. Fernando de Silva; ¡vaya, pues apenas estoy yo informado! Este señor, ya muy delicado de sí, empezó á ponerse peor, luego supo la muerte de su mujer y se puso peor que peor; mandó que

le trajesen su niña, que es ésta; pero cuando llegó ya no conocía á nadie; echaba la sangre por la boca á caños y los médicos decían que se moría: la pobre criaturita estaba abandonada, porque la pícara fondista la entregó á las criadas, que tienen alma de judíos, y no le daban ni aun sopas Rosa, que aunque tiene mal genio tiene el mejor corazón del mundo, cansada de oírle gemir y de ver que ya hasta le faltaba la voz de pura *nesecidá*, entró un día en el cuarto donde la tenían abandonada, la cogió y se la subió á su cuarto; ya hace cuatro días que la tiene; por las mañanas lleva á la niña y la cesta, pero por la noche la deja en casa para no incomodar á las señoritas: con que ¡ea! ahora que ya está alimentada la cojo y me voy, que no son horas estas de que esté yo aquí charlando.

—¡Llevarse al pobre angelito!—murmuró María.—¡Volverá á llorar cuando se vea sola y sin luz!

Y luego, como herida de una idea súbita, se volvió á sus hermanas y les preguntó:

—¿No os parece que nos la podríamos quedar aquí?

—Sí—dijo Ofelia—quédatela, María.

—¿No nos cuida Rosa á nosotras?—añadió Blanca.—Pues es muy justo que nosotras cuidemos á la niña hasta que la reclamen;—entonces se la llevará Rosa.

—¿No te decía yo que eran buenas como unos ángeles?—dijo ésta á su novio muy ufana.

—Sí que lo son—contestó Curro;—por eso Dios no les faltará; gracias, señoritas, por la caridad que usan ustedes con la pequeñuela Septimia, y muy buenas noches; si algo ocurre, aquí está Antonio el Curro en cuerpo y alma.

Salió el honrado menestral; Rosa le alumbró, y así que volvió lavó y arregló á la niña, acostándola con María, que quiso cuidarla.

Acostáronse también Ofelia y Blanca en sus camas cerradas con cortinas: Rosa y Malvina ocuparon un lecho extendido en medio de la habitación que les era común, y la señora Antonia, después de apagar la luz, cerró con cuidado y se fué á reunir con su esposo, que roncaba tranquilamente en la alcoba de la habitación de las jóvenes que antes ocupaba María.

XXVII

Ir por lana.

La señora Antonia abrió con cuidado la puerta del *nido de palomas* para no despertar á su esposo; colocó la luz en una de las cómodas, pues las señoritas Valdés habían dejado el cuarto conforme estaba, y se puso á rezar sus devociones cómodamente sentada en el sofá.

Más de una hora duró esta piadosa ocupación; después se dirigió al dormitorio en que estaba su cama conyugal, se acostó sin producir el menor ruido y se durmió en seguida, con esa tranquilidad profunda é inalterable que disfrutaban las personas sujetas á continuos trabajos corporales y cuya conciencia está limpia de toda mancha.

De repente se oyó un rumor extraño á la parte exterior del balcón: pareció como que afianzaban una escala y, á poco, un sonido leve y estridente indicó que cortaban los vidrios con un diamante.

Despertóse el zapatero; pero su mujer, que acababa de dormirse, permaneció inmóvil.

El señor Martín se incorporó con el mayor cuidado posible y asió un palo enorme que toda su vida había colocado á la cabecera de la cama antes de acostarse, y que era la única arma que sabía manejar con todo primor.

Pronto cesó el chirrido de los cristales; pasó una mano por la abertura y se oyó descorrer el pestillo con cautela.

Luego se abrió el balcón; á la claridad de la luna se vió á un hombre, caballero en el antepecho, quien saltó hacia dentro con destreza.

Guiado por las cortinas blancas de las alcobas, se hizo cargo de su posición, y después entornó el balcón.

El silencio y cuidado con que practicó estas varias operaciones indicaban que estaba bastante familiarizado con ellas; el señor Martín, por la cortedad de su vista, no pudo reconocer sus facciones.

Sintió, no obstante, los cautelosos pasos del desconocido, que se acercaba lentamente y con infinitas precauciones á la alcoba.

—¡Ah, infame!—pensó el honrado zapatero.— La hermosa señora que dispuso que las señoritas mudasen de dormitorio conocía el mundo mejor que yo; pero aquí encontrarás lo que mereces.

Entre tanto que el señor Martín hacía estas reflexiones, se había ido aproximando cada vez más el desconocido; un penetrante perfume llegó al olfato de aquél y se dijo:

—¡Hola! Este es algún pájaro gordo... pero no por eso se librará de mi garrote.

El anciano fué interrumpido por la voz del desconocido, que había llegado á apoyar una mano en el lecho.

—¡María!—dijo éste por lo bajo.—¡María!
Nadie contestó.

—Soy el marqués de la Oliva—continuó la voz;—hace días que espero para hablarte á que vayas á casa de la duquesa de Ríoclaro y no has querido acudir á la cita que te dió; por eso me he arriesgado á todo y vengo á hablarte; escúchame con tranquilidad.

Un tremendo garrotazo fué la contestación que recibió el asendereado galán; pero tuvo bastante fortaleza para no quejarse y para averiguar el enredo de que era víctima; empezó á tocar y apoyó sus manos en la áspera cara del señor Martín, quien respondió á esta caricia con otro terrible golpe.

Tampoco se quejó el marqués; y el señor Martín saltó de la cama y empezó á perseguirle á su sabor golpeándole con horrorosa destreza.

Por fin oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba en el suelo, y entonces encendió la luz.

Vió al marqués tendido sin movimiento; brotaba la sangre de su cabeza y de sus piernas, lastimosamente heridas.

Nada puede dar mejor idea del silencio que presidió á aquella escena que el sueño de la señora Antonia, la cual sólo despertó al encender su marido la vela.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?—exclamó asustada.

—Mujer—respondió el señor Martín—vístete al instante, que te vas á subir á la buhardilla; yo voy á cerrar con llave y á dar parte de que he molido á palos á un ladrón.

Al oír la palabra ladrón alzó el herido su ensangrentada cabeza.

—¡No, no!—murmuró por un desesperado es-

fuerzo.—¡No, yo no soy un ladrón! ¡Soy el marqués de la Oliva!

—Un marqués no escala así los balcones de las familias honradas—contestó severamente el zapatero.

—Es que yo quería ver á una joven que vivía aquí.

—Sí, ¿eh? Pues en vez de la joven se ha hallado usted con un viejo de mal genio.

El señor Martín salió diciendo esto, precedido de la señora Antonia, que subió á su antigua buhardilla; el zapatero, después de cerrar la puerta, fué á dar parte á la autoridad de cuanto había ocurrido.

Un cuarto de hora apenas habría pasado cuando el marqués fué conducido á su casa; dióse á conocer, confesó que sólo se trataba de una intriga amorosa, y que, en efecto, había escalado el balcón, aseguró que el señor Martín no mentía, y, como vulgarmente se dice, *se echó tierra al asunto*.

XXVIII

¡Pobre Paulina!

Algunos días después de lo que acabo de referir se hallaban reunidos en casa del coronel Vélez el conde D... y el príncipe de Cellemare con

el dueño de la casa y el pintor que había rogado al príncipe que fuese á visitar su taller.

Eran las once de la mañana y se habían reunido para almorzar; sentados junto á una ventana del elegante aposento en que se hallaban, leían periódicos el pintor y el coronel, en tanto que algo más lejos conversaban á media voz el príncipe Cellemare y el esposo de Clotilde.

El coronel estaba pálido y decaído; ya no era aquel hermoso y arrogante joven que proclamaba en voz alto su buena fortuna con las mujeres; una triste gravedad había reemplazado á su vivaz alegría; la lectura parecía ocupar poco, porque de vez en cuando separaba su vista del periódico y quedaba profundamente abstraído.

El conde, por el contrario, parecía reanimado; había vuelto á recobrar una gran parte de su energía, y aunque la espantosa flacura que había demacrado su cuerpo durante los días de dolor no había desaparecido por completo, se reconocía que su sangre circulaba con nuevo vigor y nueva actividad.

—Ya por fin es usted casi feliz—le decía el príncipe apretándole la mano.

—Por lo menos, amigo mio, no soy tan desdichado como antes; todos los días veo á mis hijos por espacio de una hora; y además, me he convencido de que, si el corazón de mi mujer no es mío, tampoco pertenece á otro.

—Dice usted bien; si Clotilde amase á Silva, como suponía usted, ¿no hubiera ido á hacerle más dulce su agonía?... ¿No la ha visto usted serena, tranquila, digna y resignada?

—Es verdad, su método de vida, tan puro siempre, no se ha alterado en lo más mínimo; la dignidad de su conducta para conmigo me admira profundamente y conozco que sólo puede nacer de una conciencia completamente tranquila; no ha buscado ni ha huído con afectación mi presencia; no la he visto llorar ni gemir; cuando por la mañana entro en la habitación de mis hijos la encuentro allí y en ella permanece como diciéndome:—este es mi sitio;—mas cuando acario á estas criaturas permanece apacible, serena y prosigue su ocupación como si no entendiese que á ella es á quien dirijo ese mudo lenguaje.

—¿Qué quiere usted, amigo mío? La ha ofendido usted cruelmente, y por más que su decoro le aconseje no tomar las mezquinas venganzas que, por lo regular, emplean todas las mujeres irritadas, su corazón debe estar profundamente lastimado de la dureza de usted.

—¡Oh! ¡Y de cuan buena voluntad le pediría yo el perdón! ¡Pero aun dudo!...

—¿Es posible!

—Sí... sí, aun dudo! ¿Quién sabe si ella ama á Silva en el fondo de su alma?

—¿Quién le impedía entregarse á ese amor, puesto que se ve abandonada por el de usted? ¡No sería yo ciertamente quien la acusara! Así como por lo regular la paz de la casa y de la familia dependen de la mujer, del mismo modo hay ocasiones en que el hombre se precipita en el abismo de la desesperación; créame usted, amigo mío—prosiguió Cellemare con aquella dulce y penetrante voz, que era uno de sus mayores encantos;—créame usted, abra de nuevo los brazos á su esposa y será usted feliz, porque ella jamás ha dejado de ser digna del amor de usted.

—Déjeme usted esperar aún... ¿quién sabe?

—Como usted guste; mas me duele que el orgullo y la irresolución de usted le impidan ser feliz cuanto antes, ¡pero mire usted á Eduardo! ¡Qué semblante tan contraído! ¡Debe padecer alguna pena muy profunda!

—Sí por cierto; son también penas de amor; nos hemos encontrado en competencia con una joven y en poco estuvo que aquel día nos separásemos enemigos para siempre.

—¿Se habrá enamorado seriamente?

—Sí, muy seriamente; y sabe usted de quién? De una paloma de las de aquel hermoso nido donde también ha estado usted alguna vez.

Palideció densamente el príncipe y luego preguntó con voz insegura.

—¿De cuál de ellas?

—De la más joven; y debo decir, en honor de la verdad, que si sus hermanas se le parecen son tres ángeles de pureza; estoy seguro de que ese miserable marqués es quien las ha difamado; y á propósito, ¿hace mucho que no le ha visto usted?

—Ya hace días.

—No puede usted suponer la horrible suerte que le ha deparado el cielo; yo no sé en qué lance se ha quebrado las dos piernas...

—¿Qué dice usted?

—Sí, sí, ha habido necesidad de amputárselas.

—¡Es posible!

—Pero no es esto lo más horrible, sino que su violenta desesperación le ha hecho perder el juicio.

—¿Con que está loco?

—Para siempre; el cielo ha tomado á su cargo la venganza que yo le juré en la noche de su desafío con usted. ¡Ah!—prosiguió el conde estrechando la mano de Honorio;—cuando recuerdo la conducta de usted en aquella ocasión no sé de qué modo debo admirarle.

—¡Señores, esto es horrible!—exclamó de súbito el coronel, mostrando un periódico que tenía en la mano;—sí, verdaderamente horrible!

—¿Qué es?

—Dice este periódico que la locura del marqués de la Oliva es horrorosa; se le figura que siempre le están apaleando y que es de noche y está á oscuras.

—¡Desgraciado!—murmuró el conde.—¡Bien castigado está sin que yo le persiga!

—No me admira lo que le sucede—dijo Celemare;—él fiaba su orgullo todo en su belleza y en su talento; dotado funestamente de una hipocresía refinada, el culto de sí mismo era su única religión; así nada puede consolarle en infortunio tan acerbo, porque su orgullo no le permite creer en la Providencia ni adorarla, y su talento sólo ha contribuido ahora á amargar su aciaga suerte, quitándole la razón.

La puerta se abrió en este momento y un criado se presentó.

—Ha llegado una persona—dijo—que desea hablar al señor coronel.

—Éste se levantó, y después de haber pedido permiso á sus convidados siguió al criado.

—¿Sabe usted que me caso?—dijo el príncipe al conde D...

—¿De veras? Buena falta le hace á usted, porque vegeta en la más completa soledad. ¿Y puedo saber con quién?

—Sí; mas pregúnteselo usted á su esposa, pues ella conoce á la mujer á cuya mano aspiro.

Entre tanto el coronel había entrado en una habitación apartada, en la cual se hallaba una mujer, cuya cabeza y facciones ocultaba un velo muy espeso.

No bien vió al coronel se lanzó hacia él y descubrió su rostro.

—¡Paulina!—exclamó sorprendido el coronel.

—¡Es un milagro que me haya usted reconocido!—dijo ella con amarga sonrisa.—¿No le parece á usted que la cárcel y el hambre han hecho espantosos estragos en mi semblante?

En efecto, la infeliz estaba pálida y enflaquecida; componía su traje un vestido de lana negro muy viejo y una mantilla de lanilla en tan deplorable estado como aquél.

—¿Qué busca usted aquí, Paulina?—preguntó el coronel visiblemente contrariado;—dígalo usted pronto porque tengo gente y...

—¿Qué busco?—interrumpió ella con vehemencia.—Busco en primer lugar tu amor, y luego pan, porque no tengo casa ni dinero.

—¿Y la casa que yo te hice amueblar?

—Debía más de lo que valían los muebles y se los han llevado todos, arrendando el cuarto á otro inquilino.

—Toma—dijo el coronel, sin meterse en más investigaciones; y sacando su bolsillo lo presentó á Paulina.

Mas ésta retrocedió dos pasos.

—No quiero dinero solo—dijo con cierta nobleza.

—¿Qué más quieres? Acaba de una vez.

—Quiero tu amor.

—Déjate de locuras, Paulina—contestó el coronel, cuya impaciencia iba haciéndose cada vez más visible;—lo pasado no existe ya, olvídalo como yo.

—¿Es decir, que me abandonas?

—Te daré cuanto necesites para remediar las pérdidas que has sufrido; pero después no cuentes más conmigo; mi regimiento sale de Madrid.

—Te seguiré.

—Te repito, Paulina, que no pienses en locuras.

—¿Luego amas á otra mujer?

—Sí.

—¿Vale más que yo?

—Voy á casarme con ella.

—¿A casarte?

—Sí.

—¿Es con aquella joven que el conde D... hizo venir engañada á mi casa?

—Sí.

Paulina rechazó con el pie el bolsillo de Eduardo, que éste había dejado caer, y arregló de nuevo los pliegues de su mantilla, dirigiéndose á la puerta; mas se detuvo en ella como si le faltaran las fuerzas y volvió hacia el coronel.

—Eduardo—dijo con acento suplicante—no te cases... no des tu vida y tu corazón á otra mujer... no por eso te pido yo que te cases conmigo; ¡oh, no!... Aunque tú quisieras jamás consentiría yo que unieras tu nombre al mío... pero al menos permanece libre... yo seré tu esclava... te seguiré adonde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La infeliz, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los pies del coronel, mas éste se apartó de ella.

—Paulina—dijo—el hombre sólo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres, y usted, que es mujer, conocerá que no cabe en el corazón más que un amor; así, pues, debe usted comprender que, desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Me quita usted, pues, toda esperanza?

—¿Por qué había de engañarla? Daré á usted ahora cuanto dinero le haga falta, y muy pronto me olvidará usted.

—¿No me quiere ni siquiera para criada suya?

—No puede usted vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad, mi presencia la mancharía—repuso la viuda del torero, levantándose con la energía de la desesperación.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde

allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—¡Adiós!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y después volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores—dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor, y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

XXIX

La demanda.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo; el príncipe de Cellémare, al salir de casa del coronel, hizo que su cochero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro; apeóse allí, y paseó durante algún tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D...

Pocos instantes después era conducido á la habitación de Clotilde.